Num. 4.° Jueves 13 de diciembre de 1838.

ABENAMAR

y

EL ESTUDIANTE.

Algo de iglesia.

Diligite inimicos vestros,
et benefacite his qui oderunt vos.

Amad á vuestros enemigos, y
haced bien á los que os aborrecen.

Esta maxima de la religion cristiana, que encierra en sí sola todo un sistema de gobierno y de filosofía, está dolorosamente olvidada por los que se llaman cristianos, no siendo en realidad otra cosa que unos energúmenos del tiempo de los Dioclecianos y compañía. Nosotros á fuer de periodistas somos pecadores; pero reconocemos nuestras culpas y pecados, y en ellos llevamos la peniten-

cia. ¡ Pero qué penitencia! No lo sabeis bien, hermanos; que á saberlo otra fuese nuestra *suscricion*.

Soy yo de opinion que si Jesucristo viniese ahora al mundo habia de dar el azote que cantase el misterio á esos que por mal nombre se llaman defensores de la religion. Tomemos por ejemplo al ciudadano Merino. Este es un mal cura á quien estándole prohibido por la religion derramar sangre humana, no ha hecho otra cosa que esto en todos los dias de su vida. Conviene mucho aclarar ciertos hechos de la historia contemporánea para fijar la opinion pública, tan descarriada hasta ahora en uno y en otro bando. La casa de Austria, que tan funesta fué para los españoles, dejó el legado de la monarquía á la casa de Borbon. Nada diremos de Fernando el VI que murió en el castillo de Villaviciosa, envuelto en su peluca y en las onzas pelnconas que han conservado su memoria, por la *ley* del oro. Le sucedió Carlos III que á nadie cedia la baza en matar conejos y perdices; diversion muy santa y muy buena, si se quiere, para los hidalgos de lanza en astillero, rocin flaco, y galgo corredor; pero sobre manera ridícula y perjudicial en un rey de la entonces vastísima monarquía española. Este ilustre cazador tuvo la fortuna de dar con un Floridablanca, asi como nosotros hemos tenido la desgracia de dar con

otros. ¡Casualidades! En su tiempo se conservó cuando menos la apariencia de la religion; pero vino Carlos IV y el príncipe de la Paz, y..... ¡Dios los perdone! Dícese, aun que yo no lo hé visto, que se hacian entonces los obispos en el taller de una.... pues si señor; y de aquellos polvos nos han venido estos lodos. La revolucion de Francia habia descubierto una gran verdad; á saber, que no es oro todo lo que reluce, y el brillo del estado eclesiástico quedó en España como el de las lantejuelas, aparente y falso. Para restablecerle era menester gran virtud y gran perseverancia en ella; pero vino el año ocho y...¡qué barbaridad! el clero en masa se declaró contra sus semejantes para defender la religion de Jesucristo:

Diligite inimicos vestros et benefacite his qui oderunt vos.

Habian cundido en España las ideas democráticas, y entonces se vió por la vez primera á un fraile que, pistola en mano, defendia á la vez la religion de Jesucristo, su refectorio, la independencia de España y los privilegios de su órden: ¡qué barbaridad! Pues esta fue la guerra de la independencia, y al que diga lo contrario le digo en sus barbas y con letras tamañas como huebos de avestruz que MIENTE. Quedó el clero de España, si bien triunfante, hecho un cle-

ro bandolero, feroz y guerrillero, salvas las escepciones que son de ley.

Diligite inimicos vestros et benefacite his qui oderunt vos.

Parte de ese mismo clero es quien defiende la causa de D. Cárlos, que no es otra cosa para ellos que el primer cura de la parroquia. ¡Qué barbaridad! Ahora bien; hemos dicho que conviene mucho aclarar ciertos hechos de la historia contemporánea para fijar la opinion pública. Sépase pues, y *sepan cuantos* este periódico nuestro leyeren, que los mismos clérigos que se complacian en matar franceses, se complacen ahora en matar españoles, porque *mutatas mutandas*, como dijo cierto amigo, el que empieza por matar estrangeros acaba por matar á su abuela. Sepan ademas que la causa principal de la guerra civil han sido los malos clérigos, y si esto no lo ha dicho nigun cristiano, lo digo yo que soy moro y tengo *las licencias necesarias* para decirlo. Sepan *item*: que pues hoy se nos ha puesto en el moño enderezarla con el estado eclesiástico, no se nos han de quedar los reverendos obispos sin su *pasavolante* correspondiente. No hay una cosa mas parecida á los ministros que *felizmente nos rigen* que los obispos de *ogaño*. Estos podrán haber hecho mucho en favor de la paz, y de la caridad cristiana,

pero si sus hechos son conocidos, que me emplumen. Vamos, hermanos, anímense, sean mejores cristianos y cumplan con su deber; donde no tengan entendido que no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague.

Abenamar.

Coleccion de cartas.

Cuentan que murió en un lugar de Asturias, hace cosa de dos siglos un hidalgo de caracter singular, á quien sus convecinos tenian por loco: no diré yo que lo fuese efectivamente, porque he visto ejemplares infinitos de hombres, á quienes el comun de las gentes traen en concepto de maníacos ó dementes, solo porque en uno ó en varios puntos tienen las ideas al revés; mas si la generalidad anda equivocada, no hay razon para tratar de locura lo que es esceso de sano juicio. Loco y estravagante fué Colon para los doctores de Salamanca con sus sospechas de que existia un nuevo mundo: locos para muchos Galileo y Copérnico, á quienes ahora seguimos en sus sistemas. Así, pues, pudo ser el célebre hidalgo de quien voy hablando, cuyos herederos, desbalijando su casa de papeles, hallaron un voluminoso legajo con un

rótulo que decia: »*Cartas al rey.*" Desatáronle, y vieron que en efecto contenia un buen por qué de borradores de epístolas dirigidas á la magestad católica, todas atiborradas de proyectos de reformas, y de admoniciones, consejos y documentos para el mejor gobierno de la república. Hacian por entonces los gobernantes tanto caso como ahora de las advertencias de un particular oscuro, y asi se infiere de una nota muy curiosa que nuestro asturiano con letras gordas habia estampado en todos, sin faltar uno, los borradores de sus cartas: nota que decia: *sin contestacion.* Es decir que el buen ciudadano pasaba el tiempo en escribir á la corte, y la corte no le contestaba.

Han oido Vds. ya el cuento: pues ahora va la aplicacion.

Yo que de muchos estaré tenido por loco, cuando ven que me rio de cosas que para ellos son serias, respetables, y hasta sagradas, tambien he dado en la mania de escribir cartas, siguiendo esa media correspondencia que con el rey tenia el buen hidalgo de Asturias. Pero hay esta diferencia: que yo no espero ni me propongo obtener respuesta, y que ademas lo que escribiere podrá servir á otros que aquellos á quienes fueren mis cartas dirigidas, siquiera no sea de otra cosa que de pasatiempo y diversion. Iré, pues, disparando cartas á varios hombres notables, ó á varias *notabilidades*, como

dicen ahora los que no saben el castellano, los cuales, por ignorar el valor de las terminaciones *dad* y *tad* en nuestra maltratada lengua, á trueque de introducir una voz bárbara y nueva, desvirtuan y ofuscan muchos centenares de otras, empobreciendo el idioma cuando piensan enriquecerle. Dios les perdone á ellos el neologismo, y á mí la importuna digresion, que pudiera muy bien haberse escusado en esta advertencia preliminar de mi segunda carta. La primera fué para el Sr. *Olózaga*, hombre público, representante del pueblo, y político consumado: en la segunda me dirijo á otro personaje de muy diferente calaña, hombre público tambien, pero no representante, aunque de farsante tiene mas que algo, y que goza allá á su modo de gran popularidad. Todas estas cosas me han hecho dirigirme á él, y á fé que sobre lo que le digo, ya conocerás, lector, que mucho pudiera añadirse.

Carta 2.ª

El Estudiante al tío Vivo.

Muy señor mio y del madrileño (1) aprecio: No sé á cuantas estará V. de letras, cuanto menos de periódicos; pero si es que V. sabe y acostumbra leerlos, ó tiene amigos que le hablen de ellos alguna vez, no habrá dejado de llegar á sus oidos las muchas que yo he hecho en mis escritos periodísticos honorífica mencion del *TIO VIVO*. Grande es en efecto la estimacion en que le tengo, y mucho el deseo de darle celebridad y contribuir á sus aumentos. Escribiré, pues, á V., y sabrá el mundo por esta mi carta (á lo menos el mundo que la lea) quien es el *supuesto TIO VIVO*, y lo que vale.

En primer lugar, señor *TIO VIVO*, V. tiene para mí el mérito no comun en España de saberse ganar la vida sin pordiosear, sin petardear, y sin chupar holgando un no merecido

(1) Me ocurre aqui decir por medio de una nota á los apreciables redactores de un diario de avisos nuevo de esta corte, que cuando han puesto á su papel el título de "Mercado *madrideño*" por seguir servilmente la analogía han cometido un soberano disparate.

sueldo; y en segundo lugar el de ser uno de los pocos españoles que han conocido á fondo á sus compatriotas. *Martinez de la Rosa*, por ejemplo, hombre sabio, respetable, de bonísima intencion, hizo para sí una reflexion, y dijo: «España necesita moverse por el camino de las reformas hácia la felicidad; pues pongámosla en marcha, y hagámosla andar pasito á pasito, como que se halla enferma y débil, y un trote acelerado podria hacerla tropezar." Pues, señor, este discurso al parecer prudente, y que lo que es por entonces lo era sin duda alguna, á muchos pareció descabellado, y se empeñaron en que era preciso galopar. Tomaron algunos de estos las riendas, pusieron la nacion al escape, y cate V. que al poco tiempo ya estaba ella misma disgustada, porque con tanto correr se alejaba mucho de ciertos objetos, y perdiéndolos de vista sentia una secreta desazon, una tristeza semejante á la que padece en la corte el aldeano recordando su lugar, aun habiendo mejorado de situacion; en fin, una especie de nostalgía. (Esto de *nostalgia*, amigo *tio Vivo*, no sabrá V. lo que es, pero puede V. preguntárselo al barbero.) Pues bien: ¿cuál ha sido el hombre grande que ha sabido conciliar tan opuestos estremos? Ninguno sino V. El *tio Vivo* fue el que supo decir á los españoles: «Vosotros teneis ansia de pro-

greso, estais deseosos de correr á rienda suelta, á todo escape, desbocados; y esto sin saber adonde os dirigís, y al mismo tiempo llorando el que os arranquen del punto de partida. ¿No es asi? Pues yo os daré gusto: yo os haré correr hasta que sudeis de puro cansados, hasta que os falte el aliento, hasta que os caigais desvanecidos ó reventados. Y con tanto correr, no habeis de ir á ninguna parte; y con tanto apresuraros, no os habeis de mover de un mismo sitio; y encima me lo habeis de pagar y quedar agradecidos."

Asi habló V. á sus paisanos, ingeniosísimo *TIO VIVO*, y para *realizar su pensamiento* (como dicen los grandilocuentes periodistas) plantó V. sus caballitos de palo, en donde montados los papanatas, dan vueltas y vueltas y vueltas, corren y corren y corren, y por fin se apean (por la cola por supuesto) en el mismo punto donde empezaron la carrera.

¿Y me dirán á mí que es V. un juglar cualquiera, un engaña-muchachos y saca-dineros solamente. V., *TIO VIVO* discretísimo que sabe sacar partido de la simpleza pública y hacer lleno su bolsillo con las vaciedades del vulgo! V., *TIO VIVO* filósofo, que en su juego de caballos nos presenta una viva imágen de la revolucion de España, mucho dar vueltas y sin adelantar un paso! V., oportunísimo *TIO VI-*

vo que ha colocado su *establecimiento* (otro substantivo echado á perder) en la subida del Retiro, para figurar que el progreso aun en chanza siempre se les hace á los españoles cuesta arriba; V., cauto y prudentísimo *TIO VIVO*, que se coloca delante del cuartel de artillería, conociendo que aqui el que hace algo para el pueblo debe ampararse bajo el tiro de cañon! V. alegórico y parabólico *TIO VIVO*, que redondea y completa su industria añadiendo á los caballos baile, para que todo sea cosa de movimiento! V., elocuentísimo *TIO VIVO*, que cuando la concurrencia se alborota, se encarama en la tribuna, y en vez de alocuciones á lo general revolucio-pacificador; impone silencio con la frase favorita de *callad, ¡pueblo bárbaro* (1)! ¡Ah! tio Vivo, tio Vivo, tio Vivito! V. no es un hombre vulgar; V. es un sabio, V. es un filósofo, V. es todo un talento, digno, no solo de que yo le escriba, sino de ser ministro, máxime habiéndolo sido el Sr. Hompanera; porque entonces la dignidad recaeria sobro sus caballos de V., y ahora la vemos puesta á los pies de los caballos.

Suspendo aqui mis alabanzas, porque ya va siendo demasiado larga esta carta, mas siempre con el escozor de haberme quedado en ellas de-

---

(1) Histórico: *hisce ocalis egomet vidi.*

masiado corto. Siga V., apreciable *TIO VIVO*, dando vueltas á su máquina, por tanto tiempo como duren las que el estado y los negocios públicos hayan de dar en España; lo cual es lo mismo que decir que desea á V. siglos de vida su afecto y apasionado servidor

EL ESTUDIANTE.

Teatros.

MACBETH.

Progresistas somos tan de corazon mi compañero *ABENAMAR* y yo, y tanta es la fé que tenemos en el real é indefinido progreso del entendimiento humano, que aun tenemos valor para levantar la mente y adelantar la esperanza á los futuros tiempos, saboreando en medio de los horrores de la actual guerra, las dulzuras y gustosos deleites de la venidera aunque remota paz. Por eso cultivamos la literatura, regando con afanoso esmero esta deliciosa planta, amenazada de agostarse por el riego de sangre que ha inundado el terreno, y por la sombra mortífera del árbol de la revolucion. Por eso nos atrevemos de vez en cuando á descolgar la lira y

arrancar de las enmohecidas y destempladas cuerdas, sones mal dulces, aunque roncos, que los ahullidos de discordia y furor que resuenan en nuestros oidos donde quiera. Jóvenes compatriotas, hijos de la España del siglo XIX, á quienes continuamente apelamos y apelaremos; vosotros los que en Madrid y en las provincias haceis generosos esfuerzos por sostener las letras y las artes contra los embates de la furiosa borrasca que corremos, vosotros leereis nuestros borrones literarios, que como con cierta especie de verguenza intercalamos en los debates de la política; vosotros sabreis dar su verdadero valor á los artículos en que tratemos de estas materias, mas propias de la ilustracion y cultura tan decantada en la época presente, que las que son continuo objeto de la imprenta, de la desaprisionada imprenta de nuestros dias. Vosotres, en fin, no estrañareis que demos cuenta á los lectores de fuera de Madrid de las obras dramáticas nuevas que se den al público en la capital.

Macbeth, por ejemplo, el célebre drama del ingles Shakspeare, ha de representarse esta noche en el teatro del Príncipe, á beneficio de una de nuestras mas distinguidas actrices. Vana presuncion seria en mí la de dar consejos á nadie, pero á fé que si yo tuviese alguna vez influencia en la voluntad de una dama, como la Sra. Ma-

tilde Diez, tan entusiasta por el arte, tan aplicada á estudiarle, tan bien querida del público, (1) procuraria inclinarla á no señalar para su beneficio un drama tan furiosamente desarreglado (la Inglaterra sea sorda) como el *Macbeth*. Mal juez seria yo del original, porque no puede serlo bueno quien no posea á fondo la lengua y conozca la literatura y costumbres de la original Albion; pero relativamente á nuestro gusto español, puedo afirmar que no hay entre los ponderados dislates del teatro antiguo nacional cosa que al *Macbeth* iguale. Cierto es que el traductor habrá procurado salvar muchos escollos, porque le creo con conocimientos para ello mas que bastantes, mas nunca será mucho lo que se aparte del original, cuando anuncia con el título de *traduccion* y no de imitacion ú otro semejante su dificil obra. Por amistad, pues, hacia el traductor, y por afecto á la actriz, anuncio á mis lectores que se preparen para ver brujas, espectros, apariciones y otras frioleras; para oir hablar de sangre y horrores desde la primera escena; para habérselas con una muchedumbre infinita de personages, de los cuales su media docena por lo menos desaparecen bajo el puñal; para presenciar

(1) Y tan jóven y tan linda. Lo digo aqui al paño, porque no hay necesidad de que se entere el Sr. Romea.

batallas, emboscadas de asesinos, bailes de magas, banquetes regios y otras frioleras; para soportar á un general prócer que degüella á un rey y sus criados, y ajusta él mismo con los asesinos la muerte de algunos otros; en fin, para ciertos rasgos terribles que solo á un Shakspeare pudiera imaginar. Con esta prevencion será bueno ir al teatro, y una vez entrando bajo esta inteligencia se podran admirar mas facilmente los destellos de ingenio que seria injusto negar al gran trágico inglés.

Merece, pues, el *Macbeth* ser visto, y mas con la esperanza fundada en las noticias que tenemos, de que el traductor, la empresa, y los actores se han esmerado respectivamente; esfuerzos dignos de una de las mas notables obras del teatro estrangero, y dignos tambien de que aun cuando el conjunto ó alguna parte del drama desagradasen, sea tratado con mas miramiento del que en algunas ocasiones hemos visto usar; porque los silvidos, voces y esclamaciones descompuestas, ni son necesarios para desaprobar una pieza dramática, ni muy propios de la cultura y moderacion que tan acreditada tiene el pueblo de Madrid.

El Estudiante.

Despues de lo dicho en el anterior artículo viene como de molde el siguiente cuento que *El Estudiante* escribió hace años, y aun se llegó á insertar en cierto papel muy poco conocido del público.

La Comedia silvada.

Daba á cierta traduccion
el público horrenda grita,
y en mi juicio con razon,
pues hablando sin pasion
la comedia era maldita.
En medio de aquel nublado,
un picaron que allí habia
con ademan descarado,
palmeaba entusiasmado
y con gran fuerza aplaudia,
Húbose de incomodar
uno que á su lado estaba,
y comenzóle á afear
la manía de aprobar
cosa que tanto enfadaba.
«No sé á que es tanta estrañeza,
si todos vamos unidos;
(dijo el bribon con presteza)
ustedes silvan la pieza,
y yo aplaudo los silvidos."

Madrid: Imprenta de la Compañía Tipográfica.